

## *Cristo, la cabeza de la iglesia*

---

Según cuenta una antigua historia, un grupo de chicos entraron en una tienda, la cual estaba en las afueras de un pueblo. Éstos compraron algunas cosas y salieron con gran prisa. No habían transcurrido unos minutos cuando ya habían salvado la colina que se encontraba más allá de la tienda, y no se les pudo ver más. Pocos minutos después, otro chico entró corriendo en la tienda y venía casi sin aliento. Éste, agitado, le preguntó al dependiente: «¿Vio usted a un grupo de chicos que anduvo por aquí?». El dependiente le dijo: «Sí. Estuvieron aquí hace poco menos de quince minutos. Tenían gran prisa y no se detuvieron mucho tiempo». El chico le dijo: «¿Qué dirección tomaron? ¡Es que yo soy el dirigente del grupo!».

Este chico, el dirigente del grupo, ilustra la clase de dirigencia que muy a menudo vemos: una dirigencia que no toma la delantera, sino que ¡anda detrás, preguntándose qué rumbo sus seguidores habrán tomado! El problema con la dirigencia que ejercen los humanos se encuentra en la fragilidad e insuficiencia de éstos. Una dirigencia humana nos defraudará en cualquier

momento. El ser humano inexorablemente se comportará como lo que es.

¿Significa lo anterior que habrá momentos, cuando la dirigencia de la iglesia se mostrará deficiente? ¿Estará sujeto a debilidades y fracasos propios de los mortales el capitán que lleva la nave cuyo destino está en los cielos? ¿Será que no nos queda más remedio que depender de una brújula estropeada para nuestro viaje desde la tierra hasta la orilla de la eternidad?

Los anteriores temores se nos disipan cuando oímos las palabras inspiradas en el sentido de que la cabeza de la iglesia no es otro más que Jesucristo. Pablo escribió: «[...] Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador» (Efesios 5.23–25). Él es la cabeza de la iglesia a causa de haberla amado y haber muerto por ella. Jesús tiene derecho a dirigir la iglesia por el gran sacrificio que llevó a cabo. Deje que la frase «[...] Cristo es cabeza de la iglesia» se arraigue firmemente en su modo de pensar. Es tranquilizador para los miembros de la iglesia de Cristo ver en Él a la cabeza de ella, pues el hacerlo así les recuerda acerca de la infalible guía que reciben. Ello debería también ser una razón para que los que no son cristianos formen parte de la iglesia —y así se sometan a la infalible dirección de Cristo.

Analícemos el tranquilizador tema acerca de «Cristo, la cabeza de la iglesia», mediante la consideración de las maneras como Él lo es.

### **ES LA CABEZA POR CUANTO ES QUIEN TIENE LA AUTORIDAD**

En primer lugar, Cristo es la cabeza de la iglesia por cuanto es Él quien tiene la autoridad. Él es nuestro Señor, y nos dirige por medio de Su ley.

Después de Su resurrección de entre los muertos, y de Su ascensión a los cielos, fue sentado a la diestra de Dios en los lugares celestiales, «sobre todo principado y

autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero» (Efesios 1.21). Dios «sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo,[...]» (Efesios 1.22–23). Pablo recalcó esta misma verdad en Colosenses, cuando dijo: «Y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia; por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud» (Colosenses 1.18–19). Según afirma el escritor de Hebreos, Dios nos va a hablar por medio de su Hijo durante los postreros días, es decir, durante la dispensación cristiana (Hebreos 1.1–2). Él exaltó a Cristo hasta lo sumo y le otorgó el nombre que es sobre todo nombre «para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor,[...]» (Filipenses 2.10–11). Las Escrituras nos tranquilizan diciéndonos que Cristo reinará como cabeza de la iglesia o rey del reino hasta el final de los tiempos, y después, cuando todo gobierno, toda autoridad, y poder sean abolidos, Él entregará el reino a Dios el Padre (1 Corintios 15.23–24).

La iglesia de Jesús vive bajo Su autoridad y dirección. Por más egocéntrica e individualista que sea la era actual, dentro de la iglesia de Cristo no hay quien pueda exigir que se cumplan sus caprichos. Nadie podrá decir «primero yo», y a la vez reconocer a Jesús como el Señor. Toda decisión que el cristiano tome, es una decisión espiritual, guiada por la obediencia al señorío de Cristo.

### **ES LA CABEZA POR EL EJEMPLO QUE NOS DA**

En segundo lugar, Cristo es la cabeza de la iglesia por el ejemplo que nos da. Es el modelo perfecto de la obediencia a Dios. Él nos dirige mediante Su vida sin pecado.

Pedro dijo que Cristo no cometió pecado, y que ningún engaño fue hallado en Su boca. Cuando le maldecían, no respondía con maldición. Cuando padecía, no amenazaba (1 Pedro 2.21–23).

Cristo jamás tuvo necesidad de pedir perdón por error alguno que hubiese cometido. Jamás tuvo necesidad de retractarse de mala palabra alguna que pronunciara. Su corazón jamás conoció pensamiento pecaminoso alguno. Sus enemigos escudriñaron Su vida; pero no pudieron encontrar un solo pecado.

El que es cabeza de la iglesia es perfecto en carácter, como también en autoridad. La iglesia debe obedecer sus mandamientos e imitar Su vida. Juan escribió: «El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo» (1 Juan 2.6). Es tan singular la dirección que Jesús le imprime a la iglesia, que Pablo pudo exhortar a los demás con estas palabras: «Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo» (1 Corintios 11.1).

Visto de cierto modo, Cristo *llegó a ser* nuestro perfecto Salvador. Fue por medio de vivir una vida perfecta delante de Dios que llegó a reunir los requisitos de perfecta idoneidad para ser nuestro Salvador y fue de este mismo modo que pudo ofrendarle a Dios una vida en la que no había pecado, la cual podía hacer expiación (pago) por éste. El escritor de Hebreos manifestó: «Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen» (Hebreos 5.8–9).

Nathaniel Hawthorne escribió el relato que se conoce como «El gran rostro de la roca», el cual nos recuerda que llegamos a ser aquello que contemplamos; es decir, imitamos lo que admiramos. Cuenta el relato de Hawthorne que un rostro con apariencia de bondad había sido esculpido en el costado de una montaña y miraba hacia un valle en el que vivía un pueblo oprimido.

La comunidad creía que alguien con un rostro semejante al de la gran roca, vendría un día como libertador de ellos. Había un chico de la aldea que meditaba continuamente en el rostro de piedra y lo hacía con grandes aspiraciones y deseos. Con el tiempo, a través de contemplar y admirar el rostro de la roca, el joven adoptó un parecido a éste, y la comunidad pronto lo reconoció como su libertador.

La verdad en el sentido de que llegamos a ser aquello que contemplamos, se cumple de modo especial en la relación de Cristo con la iglesia. Pablo dijo: «Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor» (2 Corintios 3.18).

La iglesia de Cristo mira en la vida de Éste un modelo que enseña cómo vivir. Él es nuestra cabeza en cuanto al ejemplo. No sólo lo miramos como ejemplo, sino que también ponemos nuestros ojos en Él (Hebreos 12.2) a la vez que nos dirige con Su perfecta vida.

### ES LA CABEZA POR SU AMOR

En tercer lugar, Cristo es la cabeza de la iglesia por Su amor. Él dirige y gobierna a Su pueblo con Su maravilloso amor.

La noche anterior a Su muerte, Jesús les dijo a Sus discípulos: «Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; *como yo os he amado*, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros» (Juan 13.34–35; énfasis nuestro). Les dijo, además: «Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, *como yo os he amado*» (Juan 15.12; énfasis nuestro).

Este amor que Cristo tiene por Su pueblo lleva a Sus seguidores a adoptar tres actitudes. En primer lugar, causa que lo *amen a Él*. Juan dijo: «Nosotros le amamos

a él, porque él nos amó primero» (1 Juan 4.19). En segundo lugar causa que los cristianos *se amen unos a otros*. Juan escribió: «En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos» (1 Juan 3.16). En tercer lugar, causa que Sus seguidores *hagan Su voluntad*. Cristo dijo: «Si me amáis, guardad mis mandamientos» (Juan 14.15).

Cuando los ángeles miraban cómo se desenvolvía el ministerio terrenal de Cristo, debieron de haber estado llenos de asombro. El día anterior a Su muerte en la cruz, Jesús tomó un lebrillo y una toalla, y con amor y humildad ¡les lavó los pies a sus discípulos! El Rey de reyes se arrodilló delante de sus discípulos para servirles con amor. Cristo no sólo se hizo hombre, sino que, también se hizo siervo de los hombres. Tomó la forma de un hombre y adoptó el estilo de vida de un siervo (Filipenses 2.7).

Juan comienza el relato de esta reveladora escena con estas palabras: «Sabido Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que había salido de Dios, y a Dios iba [...]» (Juan 13.3). En otras palabras, en un momento en el que Cristo estaba especialmente consciente de Su autoridad, de Su posición, y el futuro que le esperaba, descendió al nivel de un siervo (se rebajó a Sí mismo), para llevar a cabo una labor propia de un siervo, lo cual era consecuente con la vida de siervo que había vivido. No hizo ostentación de Su supremacía y fortaleza, ni de Su poder, ni de Su posición. Aprovechó la experiencia para enseñarles a sus discípulos la lección de la humildad.

Como cabeza de la iglesia que es, ¡Él, amorosamente nos sirve con Su poder y autoridad! No fue que renunció a Su posición como Señor cuando les lavó los pies a Sus discípulos; sino que usó Su posición como Señor para servirles y para inspirar en ellos el espíritu de servicio.

Les dijo: «Vosotros me llamáis Maestro, y Señor; y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis» (Juan 13.13–15).

Jesús ha mostrado de la manera más sublime lo que el amor es, y cómo éste se manifiesta en verdad. Él dirige Su iglesia con Su amor. Cuando los cristianos viven en la atmósfera de Su amor, de modo que esto es lo que respiran, y a lo que responden, se tiene como resultado que son transformados en Su imagen. Con razón Juan dijo: «Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios» (1 Juan 4.7–8).

### CONCLUSIÓN

No hay duda de que Jesús es la cabeza de la iglesia en cuanto a la autoridad, el ejemplo, el amor y el servicio. Él dirige a Su iglesia por medio de Su Señorío, Su perfecta vida, y Su irresistible amor.

La cabeza de cualquier organización o cuerpo, debe infundir la credibilidad, autenticidad y fortaleza que posee a la organización o cuerpo que dirige. Esto se cumple totalmente en lo que concierne a Cristo y a Su iglesia. El Cristo, el divino Hijo de Dios, le da Su inmaculada perfección, Su infinita sabiduría, Su incomparable integridad, y Su poderosa fortaleza a la iglesia, por Su condición de cabeza y dirigente de ella.

La iglesia de Cristo fue fundada por Cristo, es dirigida por Él, y lleva Su nombre. Cualquier cualidad que Cristo posea, la imparte a Su iglesia; cualquiera que sea Su futuro, es el mismo que ella tendrá. Promete sustentarla en el presente y santificarla para el futuro, «a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que

fuese santa y sin mancha» (Efesios 5.27).

Habiendo sido Cristo el que creó la iglesia, el que le impartió a ésta Su amor y salvación, y el que la coronó con Su promesa de gloria eterna, ¿habrá quién no desee estar en ella?

¿Es usted parte de la iglesia que Cristo dirige?

### PREGUNTAS DE ESTUDIO

*(respuestas en la página 268)*

1. Cite ejemplos de dirigentes que en realidad no dirigen.
2. ¿En qué consiste el hecho de que Jesús es la cabeza de la iglesia por tener la autoridad? Mencione pasajes de la Escritura que enseñen que Él tiene toda la autoridad.
3. ¿Hasta cuándo ha de reinar Cristo como cabeza de la iglesia? (Vea 1 Corintios 15.23–25.)
4. ¿De qué modo llegó a ser Jesús nuestro perfecto Salvador? (Vea Hebreos 5.8–9.)
5. La conversión a Cristo es un evento que ocurre una vez en la vida, mientras que la transformación en Su imagen es un proceso que se da a través del tiempo. Comente este proceso de transformación. (Vea 2 Corintios 3.18.)
6. ¿Qué nos enseña acerca del diario vivir por Cristo, el acto por medio del cual Éste les lavó los pies a Sus discípulos?
7. ¿Cómo cumplen los cristianos el mandamiento de «[lavarse] los pies los unos a los otros» hoy día?

### GLOSARIO

**comprado** —adquirido. Cuando decimos que los cristianos han sido «comprados por la sangre de Cristo», esto se refiere a la muerte de Jesús en la cruz por nuestros pecados.

**transformado** —cambiado. El cristiano debe transformarse con el fin de que vaya adoptando un nuevo carácter conforme a la imagen de Jesús. Romanos 12.2, dice: «No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta».